

La ferocidad política como fracaso de la democracia



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

La democracia no es solo una manera de estructurar la funcionalidad política de un país, o de cualquier otra institución, de acuerdo a los principios formales del Estado de Derecho. Sino también es una forma de entender —y organizar— la convivencia entre personas civilizadas. Es decir, entre ciudadanos maduros que viven, y en su caso hablan, dialogan o discuten, de manera pacífica y tolerante, reconociéndose mutuamente como personas humanas que tienen derechos y libertades, y que son —deben ser— respetadas en su dignidad. Mutua y recíprocamente.

Por eso, cualquier régimen democrático, además del reconocimiento del principio básico del voto de la mayoría en la formación de la voluntad popular, tiene que ser valorado por el clima de respeto y libertad ciudadana que se ha logrado establecer en la vida cotidiana. Comprendiendo también la vida política.

La escalada de la ferocidad

En esta perspectiva de los derechos, valores y funcionalidades democráticas, resultan inquietantes los climas de auténtica *ferocidad política* que se están extendiendo en algunos países que hasta hace bien poco eran considerados como democracias razonablemente asentadas y bien organizadas.

Uno de los problemas con los que se encuentran las sociedades de nuestros días es que se está produciendo una conjunción entre dos circunstancias de enorme potencial erosivo. Por un lado, en muchas sociedades anida un clima de inseguridad e inquietud derivado de los problemas de reducción de las ofertas de empleo y de la precarización de estos. Problemas conectados a la influencia de la robotización y de la degradación del modelo del Estado de Bienestar y del consiguiente pacto social y laboral que lo sustentaba. Lo cual se está traduciendo en serias dificultades de

inserción laboral y societaria para las nuevas generaciones en condiciones que posibiliten unas perspectivas vitales razonablemente satisfactorias. A lo cual se unen los problemas de reinserción de aquellos que pierden sus empleos y no encuentran en el mercado laboral actual posibilidades ni ofertas de empleos de calidad, ni siquiera de lo que la OIT ha calificado como “empleos decentes”.

Por otro lado, estamos asistiendo a la afloración de aquellos modelos de personalidad y de comportamiento que suelen darse en los períodos de crisis. Modelos basados en patrones emocionalmente violentos o autoafirmativos y de caracterización machista, arrogante e incluso vociferante. Se trata de algo que se nota especialmente en el desarrollo de nuevos tipos de liderazgo que coinciden con perfiles similares a los de Trump y a los de una caterva de líderes populistas, gritones, faltones, extremistas y desmesurados. Los actuales gobernantes de Filipinas, Brasil, Polonia, Hungría, Italia y un largo etcétera pueden ser ubicados claramente en esta categoría, por no mencionar a muchos proto-líderes bravucones que actualmente hacen las armas en la oposición en sus respectivos países.

Estamos ante realidades y tendencias que se hacen también presentes y se proyectan, e incluso se estimulan, desde los medios y soportes de comunicación social, a través de distintos tipos de personajes que aparecen en los comics, en las películas, en las series de televisión y en otros lugares de referencia.

Esta conjunción de elementos erosivos da lugar a que la vida política se esté viendo inundada por personajes y patrones de comportamiento que se encuentran en las antípodas de una sana cultura democrática y tolerante, y que no hacen más que buscar el aplauso y la revalidación en los comportamientos que se sustentan en la práctica del insulto,

la descalificación, la arrogancia y la ferocidad más exagerada hacia los adversarios políticos, a los que se trata no como tales, sino como enemigos "a muerte" a los que hay que machacar y destruir por sistema.

La cultura antidemocrática

La proliferación de este tipo de comportamientos, en sociedades cada vez más fragmentadas y plurales, está llevando a que cada vez resulte más difícil la formación de mayorías de gobierno, o en su caso al establecimiento de pactos plausibles. Y desde luego nos está alejando de cualquier espíritu o posibilidad de compromiso y entendimiento político.

Amén de otros muchos efectos negativos, tales tendencias cuestionan dos de las reglas de oro de una cultura democrática. En primer lugar, la aceptación de la lógica democrática de las mayorías –absolutas o relativas– como el mejor mecanismo regulatorio y definidor de la soberanía y la voluntad popular en cada momento preciso. Y, en segundo lugar, el espíritu y la capacidad de diálogo, la disposición a escucharse mutuamente, sin caer en comportamientos de rechazo violento, incluso demostrando una capacidad de empatía para atender y entender los posibles argumentos contrarios a nuestras opiniones. Con la consiguiente disposición para utilizar prioritariamente en los debates políticos argumentos y reflexiones. Y no insultos, descalificaciones y reducciones al absurdo del contrario, al que a veces se trata como si fuera un *chivo expiatorio* de todos los males posibles e imaginables.

Ejemplos inquietantes

La manera en la que se están desarrollando algunos debates políticos en distintos países, así como la forma en la que se están alentando climas de odio y de *satianización* de los diferentes –incluidos los inmigrantes–, es un síntoma inquietante del renacer de ese tipo de personalidades autoritarias, a las que los teóricos de la escuela de Frankfurt calificaron como personalidad "F", en la que encontraron sustento los regímenes fascistas y totalitarios del período anterior a la Segunda Guerra Mundial.

Otros síntomas inquietantes de esta evolución son la tendencia a considerar –no solo dialécticamente– el recurso a la violencia, e incluso a la insurrección,

como vías legítimas para la acción política, unido a los intentos de afirmar –por la fuerza– la propia voluntad política por parte de determinados sectores de opinión o de interés. Esto es algo que se nota no solo en los artículos de opinión y en los enfoques de informaciones que proliferan en los medios de comunicación social más derechistas, sino también en los comportamientos de ciertos movimientos xenófobos, nacionalistas y extremistas. De todo lo cual tenemos múltiples ejemplos en la vida cotidiana



La extensión de la ferocidad política y las pretensiones de su "normalización", junto a la falta de respuestas eficaces ante los problemas de la precarización social y la exclusión social, son un cóctel destructivo que, en el fondo y en las formas, puede poner en cuestión la salud democrática de nuestras sociedades.

y en el desarrollo de la dinámica política en diversos lugares. También en EE.UU y en no pocos países europeos.

El movimiento de los "chalecos amarillos" en Francia es un buen exponente de este peligro

de inflexión hacia el extremismo al margen de cualquier cauce político e institucional. El hecho de que, con el pretexto de una petición de rebaja del gasóleo (que resulta imprescindible ir erradicando si queremos combatir el cambio climático), haya irrumpido en escena un movimiento que en realidad, como se ha terminado viendo, está cuestionando el resultado de unas elecciones presidenciales que se han celebrado en

principio de legalidad y a los métodos democráticos pueden emerger como una de las mayores amenazas que se ciernen actualmente sobre la democracia y

La vía de la ferocidad política, y la falta de respeto al principio de legalidad y a los métodos democráticos pueden emerger como una de las mayores amenazas para las sociedades democráticas.



Francia hace apenas un año. Es decir, unas minorías violentas y movilizadas están intentando cuestionar el resultado de las urnas por la vía de la violencia, del saqueo, de los incendios y los motines callejeros. El problema no consiste solo en que esto suceda, sino en la pasividad y el oportunismo con el que determinadas fuerzas políticas y bastantes líderes han reaccionado ante tales dinámicas. En definitiva, el escándalo está en la falta de reacciones indignadas y contundentes ante lo que sucede. En suma, los déficits y cobardías en la defensa de los valores y procedimientos democráticos.

Por ello, hay que ser muy conscientes de que la vía de la ferocidad política y la falta de respeto al

sobre la propia salud cívica de nuestras sociedades. Sociedades que tampoco están reaccionando de manera suficientemente nítida, rápida y eficaz ante los riesgos de deterioro laboral y de exclusión social que están experimentando sectores de población muy diversos, pero con una especial incidencia en la juventud. Y que constituyen el caldo de cultivo de la inflamabilidad social y política.

Los que pensaban, en este sentido, que los postergados y los infraposicionados sociales aceptarían pasivamente su destino fatal y su falta de horizontes vitales y sociales pueden constatar con estos hechos y tendencias la evidencia más palpable de que aquellos que *quedan* fuera de la órbita de las posibilidades societarias no se van a quedar cruzados de brazos, resignándose con el negro designio que les ha sido asignado en esta era contradictoria y compleja. Una era en la que todavía hay quienes no entienden que los frutos del crecimiento económico y de la riqueza que se está creando, si no se distribuyen equitativa y razonablemente y si se continúan acumulando en pocas manos y escondiéndose en paraísos fiscales y en organizaciones opacas, acabarán operando como un auténtico cáncer que irá destruyendo poco a poco las bases de las sociedades democráticas y prósperas que se habían desarrollado durante las últimas décadas de nuestra historia. Sobre todo, a partir de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial y a través de la vía sensata y equilibrada del consenso keynesiano.

Por eso, la extensión de la *ferocidad política* y las pretensiones de su "normalización", junto a la falta de respuestas eficaces ante los problemas de la precarización social y la exclusión social, son un cóctel destructivo que, en el fondo y en las formas, puede poner en cuestión la salud democrática de nuestras sociedades. **TEMAS**